
Magdalena León (compiladora)

Mujeres y participación política. Avances y desafíos en América Latina

Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1994.

América Latina enfrenta una coyuntura contradictoria: por una parte, se abren espacios para la profundización de la ciudadanía política mientras que, por otra, se limita la extensión y el contenido de la ciudadanía social. Se estaría entonces operando un proceso de cambio democrático —en el que se busca consolidar nuevas ideas políticas, renovar la cultural electoral, flexibilizar las políticas estatales y ampliar e innovar las formas de participación—, pero en un contexto de creciente pobreza y violencia, y en medio de un intento neoliberal por reducir el tamaño y la función social del Estado. Este clima contradictorio estaría creando dificultades para el desarrollo de las prácticas colectivas de los movimientos sociales —para el de mujeres en particular—, y podría generar la parálisis de su organización, resistencia y lucha colectiva. Tal es la caracterización del contexto latinoamericano, que Magdalena León resume como falta de correspondencia entre democracia política y democracia social, y en la cual ubica los análisis contenidos en el libro **Mujeres y participación política**.

La publicación se inscribe, pues, en los procesos que han signado la última década de la región y en los desafíos presentes. Sus destinatarios son múltiples: los formuladores de políticas públicas, los estudiosos de las ciencias sociales y los movimientos políticos y sociales —en particular los de mujeres— interesados en profundizar la democracia. A todos ellos están dirigidas las cuatro lecturas del movimiento de mujeres de América Latina y los siete estudios de caso elaborados por reconocidas investigadoras sociales y políticas vinculadas a diversos centros académicos del continente americano.

Los estudios de caso documentan distintas formas y momentos de la participación política de las mujeres en México, Venezuela, Colombia, Ecuador, Brasil, Chile y Argentina. Surgen allí elementos novedosos para el análisis social y político. Empecemos por las diversas formas de participación analizadas, que pasan revista a los distintos tipos de articulación de los movimientos de mujeres, según se trate de enfrentar aspectos de la subordinación de género o de responder a necesidades prácticas a través de asociaciones ciudadanas y grupos informales vinculados con la vida cotidiana, la sobrevivencia, la crianza de los hijos, el barrio. Todas estas formas no convencionales de acción plantean una nueva concepción de la participación y de la política, no circunscrita sólo a la acción en los partidos y organizaciones sociales tradicionales, en las instituciones públicas o en el Estado. Suponen una ampliación de la praxis política, que trasciende los escenarios de acción convencionales, politiza el mundo privado e incluye nuevos espacios en lo cotidiano, lo doméstico, lo comunitario.

En la caracterización de los momentos políticos en los que se desarrolla la acción de las mujeres —dictaduras, situaciones de violencia y transición democrática— también se encuentra una ampliación del referente conceptual de nociones como autoritarismo y democracia, pensadas éstas tanto en la esfera pública como en la privada. A la transición democrática se la asocia con la ampliación de la representación, con el buen funcionamiento de las instituciones, con las políticas públicas y los derechos y deberes ciudadanos, así como con las posibilidades de información, expresión, participación e incidencia de acto-

res sociales y políticos. Es decir, con un sistema de reglas y decisiones que deben ser construidas con la participación de los diversos actores sociales y políticos. Tal sistema afecta las relaciones sociales pero también irriga las distintas dimensiones de la vida privada.

Las cuatro lecturas del movimiento de mujeres en América Latina insisten en llamar la atención sobre las categorías usadas en los análisis para ver si dan cuenta de la diversidad de expresiones y formas de la acción social. Muestran cómo las mujeres organizadas han sido actoras decisivas de la recuperación y profundización democrática y han contribuido a la recalificación de la democracia. Proponen periodizaciones que tienen que ver con los procesos sociales y políticos vividos en la región, caracterizaciones y tipologías de las vertientes de lo que se ha denominado el movimiento social de mujeres. Desagregan las múltiples formas de movilización ancladas en la complejidad de las actoras, en los diferentes modos de organización y acción, en las variadas causas, medios y metas de las luchas, en la distinta magnitud y composición de las fuerzas, en su compleja relación con los partidos políticos, con el Estado y con la gama amplia de movimientos sociales.

Los diversos artículos contenidos en el libro, que de otro modo serían de difícil consecución, constituyen un excelente aporte a la reflexión. Están dirigidos a suscitar el debate y el balance en los distintos movimientos sociales, en particular en el movimiento de mujeres y sobre todo en el movimiento feminista. Detengámonos en dos artículos que van más allá de las tipologías y periodizaciones e interpelan la dinámica propia de dichos movimientos.

Jane S. Jaquette, a más de identificar tres tipos de movimientos de mujeres, de señalar las características, el papel políticos y el aporte de cada uno de ellos, se interroga —a partir de la experiencia en el Cono Sur— sobre las estrategias que se pueden adoptar para propiciar el acceso de las mujeres al poder políticos. Esto porque, a pesar de la contribución a la lucha contra las dictaduras, la representación política de las mujeres no mejoró con la transición democrática; porque los movimientos de mujeres, a pesar de alcanzar el desarrollo de algunos programas, cambios en la legislación y en algunas percepciones comunes, no lograron que la democracia significara una transformación decisiva de la forma como la sociedad —y ellas mismas— hace política. Así, los grupos de mujeres vinculados a la lucha por los derechos humanos, introdujeron con su protesta no violenta una dimensión ética al discurso político pero, al declararse “por encima de la política”, no lograron ampliar su agenda ni conservar su influencia. Las mujeres de los sectores populares se movilizaron alrededor del mejoramiento de las condiciones de sus familias, pero no constituyeron una fuerza organizada que pudiera exigir cambios en sus condiciones de subordinación cotidiana; más bien, para beneficiar a sus familias, aprendieron a moverse y a funcionar con las realidades del poder asimétrico y dentro de un ambiente político clientelizado. El movimiento feminista se dedicó a la construcción de su autonomía y con ello, a pesar de haber propiciado un marco de referencia nuevo y liberador, omitió el desarrollo de una estrategia política viable.

Virginia Vargas, por su parte, analiza las condiciones del surgimiento del movimiento feminista latinoamericano, sus fuentes teóricas y su práctica de quince años, cuestionadora pero ambivalente. El movimiento surge influido por la modernización y como parte de ella, pero en tensión con su lógica y tratando de modificarla. Esta contradicción la inscribe entonces, por un lado, en la modernidad inconclusa, y por el otro, en el cruce con la posmodernidad inconclusa. Como par-

te de la modernidad inconclusa, el movimiento enfrenta las limitaciones de su racionalidad: la permanencia de aspectos premodernos, corporativistas, patriarcales y antidemocráticos en el Estado, en la sociedad y en la mentalidad colectiva. Como parte de la posmodernidad, el movimiento empieza a cuestionar las fórmulas universales. A partir de allí, se detiene en los nudos y contradicciones que, aunque no definen por completo al movimiento feminista, si ayudan a comprender las dificultades internas para forjar una propuesta emancipadora.

Según Vargas, el movimiento feminista, en la urgencia de reducir al ámbito particular una universalidad que no reconocía la especificidad de las mujeres, y en la necesidad de afirmar la diferencia, ha reproducido en ocasiones la lógica de la exclusión, ha fomentado una visión omnicompreensiva y ha querido convertir la diferencia en una nueva universalidad. Echando mano de las herencias del populismo y del vanguardismo y de una esencialidad femenina de identidad única, ha pretendido considerar el género como el factor fundamental de explicación de la vida de las mujeres y postularse como una alternativa política global. Ha confundido el énfasis en la vida cotidiana y en los valores alternativos con una sacralización de lo micro. Todo ello ha dificultado entender que en el movimiento social de mujeres confluyen procesos muy diversos —las mujeres que desde los espacios institucionales tratan de contestar las condiciones subordinadas de su existencia, o aquellas que desde su papel de madres o desde sus responsabilidades familiares tratan de conquistar su ciudadanía, al tiempo que toman conciencia de su existencia como género subordinado—, y ha impedido asumir la riqueza que se deriva de esa pluralidad de procesos. La dificultad para comprender la complejidad de las prácticas sociales y la urgencia de salir del ghetto homogeneizante ha llevado también al error contrario: tratar de acercarse a esas otras vertientes del movimiento y trasladarles aspiraciones y visiones propias del feminismo y magnificar sus desarrollos.

El respeto por la diversidad pasa a convertirse entonces, según Virginia, en el punto de confluencia de etapas históricas, tareas inconclusas y propuestas futuras. Pero también debería influir en la forma como el feminismo se piensa a sí mismo, se relaciona con otras mujeres, con el Estado y con el conjunto de la sociedad. Ello implica aceptar la articulación del movimiento no sólo sobre una sola dinámica, la feminista, sino en torno a las diversas racionalidades, los múltiples procesos, identidades y formas de encarar la emancipación que ya se ha instalado en el movimiento social de mujeres. Implica asumir la diversidad y la democracia como contexto indispensable para su desarrollo y como la razón social de su existencia.

El libro **Mujeres y participación política** sugiere pues múltiples reflexiones. Las transiciones democráticas latinoamericanas no pueden comprenderse ni profundizarse sin tener en cuenta el papel desempeñado por las mujeres, y a su vez, los cambios operados en los papeles políticos de las mujeres no pueden evaluarse y acrecentarse, sin entender y profundizar la transición democrática. Esa es una de las sugestivas hipótesis planteadas. Es de esperar que el libro contribuya a profundizar el debate en los movimientos de mujeres sobre las razones internas de su marginalidad y sobre la falta de legitimidad social, las cuales no se corresponden con los aportes que las mujeres han hecho en las épocas de crisis social, económica o política de la región. Que facilite la comprensión en los medios estatales acerca de que la democratización de la democracia requiere del conocimiento, de la presencia y de los aportes de las mujeres. Y que propicie un refinamiento de los instrumentos de observación, de las categorías y marcos de análisis político y social para hacer visibles otros actores, otras dimensiones y otras formas de acción colectiva, como las de las mujeres.

Socorro Ramírez, investigadora del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.